



DOÑA VIOLANTE.

Primera Parte.

La fama en ecos acordes,
 interrumpiendo el silencio,
 con ligereza en si misma
 lleve por el universo
 la noticia, porque pueda
 servirle á muchos de ejemplo
 este caso lastimoso,
 y suceso verdadero,
 que en la Ciudad de Segovia,
 en quien el dorado Febo
 como en un espejo claro,
 ve de su ser lo perfecto,
 ha poco que sucedió
 como lo iré refiriendo.
 Y fué que una hermosa niña,
 vivo retrato de Venus,
 y un tierno infante su hermano,
 de nobles padres nacieron,

criáronse con regalo,
 y aunque sus nombres pretendo
 referir, será de suerte,
 que se dude al conocerlos,
 porque tengo el apellido,
 de callarle que no quiero
 aumentarle á sus parientes
 con la afrenta el sentimiento.
 Así que tuvo tres lustros,
 poco mas ó poco menos
 aquesta niña, sus padres
 en estado la pusieron,
 cazándola con un mozo
 noble, galan y discreto.
 Vivió alegre cuatro años
 con su esposo, y el soberbio
 Lucifer, por deshacer
 de esta union el lazo estrecho,

nizo; que doña Violante admitiese el galanteo de don Francisco, que fué causa de su fin sangriento. Y llegó á obrar en los dos con tanta violencia el fuego del amor, que sino fuera incendio que arde encubierto, no dudo se hubiera visto Troya abreviada en dos pechos, que así me lo dá á entender los precedidos afectos. Hablábanse con la pluma, entendiánse leyendo, y porque don Juan solia en conversacion ó juego divertirse á prima noche fuera de casa, queriendo su ingrata esposa lograr con su amante sus deseos le dió aviso y sitó hora, para conseguir su intento. Y por temer don Francisco no venga á su casa y dentro lo halle don Juan, á un amigo (tambien como el mancebo) para que le hiciese espaldas, le descubrió este secreto. Fueron juntos, y logrose el lance, y no fué el postrero; y viendo tanta hermosura en la dama el compañero de don Francisco, procura alcanzarla, y para ello le escribió algunos papeles muy cariñosos y tiernos, que cualquiera mujer dá al que lo sabe de cierto, con liviandad ocasion, á que tenga atrevimiento. No le responde á ninguno de cuantos le escribió, y viendo

el pretensor que no hace de su amor ningun aprecio, procuró con mas instancias el lograr el vencimiento. Y viéndose perseguida, y que no valen desprecios, para que este nuevo amante dejára de ser molesto, á don Francisco le dijo: sabras, bien mio, que en tierra que mi marido sospecha tiene, de como lo ofendo, por haber sido tu amigo falso, atrevido, y grosero, que me ha perseguido tanto, que juzgo ha dado á entenderlo. Y don Francisco responde, disimulando sus zelos, si quieres asegurarte de aqueste temido riesgo, puedes venirme conmigo, dueño hermoso, que prometo de llevarte á parte, donde los dos seguros estemos. Y luego al punto la dama admitió el ofrecimiento, y respondió liberal: mañana en la noche espero que vengas por mí, que yo prevenida estarè, y luego, que se despidió el galan de la dama, hecho un veneno. se fué en busca de su amigo, y así que lo halló, encubriendo su enojo, se llegó á él, diciendo á vuscarte vengo, para que vayas conmigo esta noche porque llevo una música á una dama, con quien casarme pretendo. Acompañole el amigo y en conversacion se fueron,

hasta, que llegando á un sitio,
 donde nadie podia verlo,
 el traidor de don Francisco
 tendió la capa diciendo:
 aquí habemos de aguardar
 á los músicos, que tengo
 citados, y mientras vienen,
 será bien que descansemos.
 Puso para cabecera
 la rodela y el sombrero:
 acostose, y persuadido
 el amigo hizo lo mismo,
 y cuando vido que estaba
 poco menos que durmiendo,
 se levantó, y á la espada,
 porque se hallase indefenso,
 le puso el pié, y con la suya
 siete veces contra el suelo
 le cosió, y juzgando ya,
 quedaba del todo muerto,
 le dejó y se fué á su casa,
 cual si nada hubiera hecho,
 Mas volviendo en si el herido,
 haciendo algunos esfuerzos
 arrimado á las paredes,
 y muchas veces cayendo,
 á la una de la noche
 llegó á la puerta de un deudo
 suyo á llamar, pero eran
 los golpes que dió tan quedos,
 que su pariente que estaba
 en aquel tiempo despierto,
 con la escopeta en las manos
 salió á una reja, entendiendo,
 que eran ladrones; que estaban
 abriéndola; pero viendo,
 un vulto que se quejaba
 con desmayados acentos,
 ha dicho: quién está ahí?
 Y él le dijo respondiendole,
 su nombre, y de tal manera
 fué, que apenas se oyó el eco,

y hasta entenderlo, estubo
 dudoso como suspenso.
 Y así, que le conoció,
 bajó, y las puertas abriendo,
 del suelo le alzó á los brazos,
 y llevándolo á su lecho,
 alborotó los criados;
 para que fuesen corriendo
 á avisarle á la justicia,
 en el ínterin, que él mismo
 iba por un confesor.
 Y en breve espacio de tiempo
 dijo en su declaracion,
 quien así lo habia puesto,
 y confesadas sus culpas,
 con grande arrepentimiento,
 á las cuatro en punto el alma
 dió al Criador de tierra y cielo.
 Y apenas el sol los montes
 coronó con sus reflejos,
 cuando dentro de su casa
 al matador lo prendieron.
 Y como esta novedad
 se divulgó por el pueblo,
 llegó á oídos de la dama,
 y ella asustada, entendiendo,
 que el deshonor de su esposo
 estaba ya descubierto,
 rezelosa del peligro,
 antes que llegue á saberlo,
 tomó sus oros, y cuanto
 pudo hallar de valimiento,
 y tapada con su manto
 sola se fué al Monasterio
 de santa Clara, y en él
 halló luego acogimiento;
 y como despues se supo
 todo cuanto dicho dego;
 D. Juan, su hermano y sus padres
 tanto sentimiento hicieron,
 que en muchos dias despues
 no hubo quien pudiese verlos.

Y de la pena oprimidos,
 los dos viejos fallecieron,
 y ella dentro en la clausura
 supo bien estos sucesos,
 sin que ignorase de todos,
 ni aun siquiera el menor de ellos
 y un papel escribió, y hubo
 quien, porque le dió dineros,
 á la cárcel lo llevase,
 y respondiendo al momento
 D. Francisco, desde entonces
 los dos se correspondieron,
 mientras, que el pleito duró,
 que segun noticias tengo,
 entre el prenderlo, y soltarlo,
 años hubo de por medio.
 Y al fin le dan por sentencia
 de su delito destierro,
 y antes que lo echasen fuera
 de aquel dilatado encierro,
 á dona Violante envia
 en un billete pequeño
 á decir: sabrás por este
 dueño hermoso, que me ausento
 de Segovia, y ha de ser
 el salir de ella muy presto,

porque es castigo, y preciso
 es callar y obedecerlo.
 A vivir muriendo voy,
 si acaso es que vivir puedo,
 sin que tenga de tu mano,
 para mí divertimiento,
 las letras, que tantas veces
 me han servido de consuelo,
 Y ella le envió á decir:
 si te vas y yo me quedo
 en Segovia he de hacer,
 que ciña un lazo mi cuello,
 porque acaben de una vez
 mi vida y mi sentimiento.
 Y sino quieres saber,
 que desesperada he muerto,
 llévame contigo, y paga
 el mucho amor que te tengo,
 que para seguirte yo,
 saldré de aqueste Convento;
 sin que me vea ninguna
 de cuantas se encierran dentro.
 Y lo que despues de aquesta
 respuesta de tanto arresto
 sucedió, en otro romance
 lo diré lector discreto.

Fin de la primera parte.



DOÑA VIOLANTE.

Segunda Parte.

No dejarás de acordarte, curioso lector que dejo el romance antecedente en aquel despedimiento del galan, y que la dama, con determinado intento, le envió á decir, saldria del Convento con secreto. Ufano el galan volviole á escribir, y dispusieron, que en una casa de campo, que está de la ciudad lejos, aguardase algunos dias, estando en ella encubierto. Y que despues el criado, que habia sido mensagero, la aguardase y la llevara; donde él aguardaba; pero no quiso de que logresen aqueste desigio el cielo;

y así ordenó que encontrase el dicho criado (yendo al Convento á ver la dama) un amigo á quien consejo pidió y para que lo diese, le contó muy por estenso cuanto tienen ordenado estos dos amantes, siendo su conversacion, á donde don Luis estuvo oyendo, el hermano de esta dama, el cual se fué en seguimiento del criado, y de sus dudas llegó á quedar satisfecho. Y como vió que su hermana quiere afrentarlo de nuevo, procuró luego al instante estorbarle el desacierto. Y así á Pedro se llegó, y con semblante alagüeno

le dice; con mi cuñado
 hechas amistades tengo,
 para que vuelva á hacer vida
 mi hermana con él, y quiero,
 que, pues, tu hablas con el,
 le des ayuda á mi intento,
 que si yo llego por ti
 á lograr lo que pretendo,
 te ofrezco dar cien ducados,
 para que puedas con ellos
 remediarte: y al oír
 Pedro que escuchaba atento,
 este ofrecimiento, dijo:
 (codicioso de los ciento.)
 Todo cuanto de mi parte
 estubiere hacer ofrezco.
 Y don Luis dijo; pues como
 lo hagas así, será cierto
 lo que te he dicho y tendrás
 en mi, á fé de caballero,
 un amigo, que te valga
 en cualquier lance de empeño.
 Con esto se fué, y quedó
 Pedro con mucho contento.
 Y porque en la dilacion
 se aventuraba el perderlo,
 procuró sacar la dama,
 conforme lo habia dispuesto,
 por letras, que habia llevado
 (el desleal á su dueño)
 á la cárcel cuando esataba
 á los fines de estar preso.
 Y para que se lograra
 con presteza su deseo,
 dentro de un cesto metió
 de paño un vestido nuevo
 de hombre, y para que fuese
 libre, de que puedan verlo,
 le tapó muy bien con yerva
 y encima le fué poniendo
 de aquella fruta, que daba
 generosamente el tiempo.

Envióle este regalo,
 y un papel, en que advirtiéndolo
 le iba de que estubiese
 sola al irlo descubriendo,
 y ella envió en la respuesta
 á decir la hora, y puesto
 en que aguarde: que saldria
 aquella noche de cierto.
 Y cuando astaba la noche
 con mas quietud y silencio,
 y las personas gozaban
 del descanso en el sosiego,
 subió á un cuarto donde habia
 esteras y trastos viejos,
 que le sirvieron de escala,
 para que llegase al techo,
 y de una viga unas sogas
 ató fuertemente, y luego
 llegó á un tabique, (que sirve
 de pared en un testero,
 y que del tiempo arruinado,
 se estaba casi cayendo,)
 y con un martillo grande
 le tiró golpes tan recios,
 que no fué menester, llegue
 á ejecutar el tercero,
 para que sobre un tejado
 se cayese, y á el saliendo
 doña Violante, se fué
 por las sogas escurriendo,
 derribando muchas tejas,
 al ir arrastrando el cuerpo
 hasta bajarse á la calle,
 y apenas tocó en el suelo
 con las plantas, cuando dijo
 á Pedro: vámonos presto,
 no sea que se alborote
 el barrio con el estruendo,
 y con paso acelerado
 de allí se ausentaron, yendo
 Pedro delante guiando,
 y ella le iba siguiendo

alegre porque juzgaba
 lograr mas feliz suceso.
 Y por calles escusadas
 van dando muchos rodeos,
 hasta llegar á la casa
 de don Juan, donde siguiendo
 entró Pedro que allí tiene
 dos caballos, porque en ellos
 pudiesen de la ciudad
 salir del peligro huyendo.
 Y aunque esta dama tenia
 bastante conocimiento
 de la casa, con la mucha
 obscuridad á perderlo
 llegó, y así se fué entrando,
 sirviendo de vista el tiento.
 Y á tiempo, que habia pasado
 ya de la puerta de enmedio,
 oyó á don Luis que dijo,
 Pedro, mucho te agradezco
 el cuidado que has tenido,
 ven mañana y nos veremos,
 y llevarás hacia allá
 el dinero que te debo.
 Sobresaltóse Violante,
 y quiso salir huyendo
 disimulada á la calle;
 pero sintió que la acieron
 de un brazo y como callendo
 la guiaban, y entendiendo,
 que era Pedro, le siguió
 aunque con algun recelo.
 Mas en llegando á una sala
 baja, donde estaba ardiendo
 una luz, reconoció
 que era su peligro cierto,
 porque en manos de su hermano
 se halló, y vió, que del asiento
 su esposo se levantó,
 y que su furioso seño
 daba muestras de su enojo:
 y que irritado, y soberbio

su hermano dijo: traidora,
 tu delito á el paradero
 te ha traído, pues, y aquí
 tus livianos pensamientos
 cesarán, y la deshonra,
 que yo, y tu esposo tenemos
 por ti, con tu propia sangre
 tendrá fin tambien; y oyendo
 estás palabras, turbada
 se ha arrodillado en el suelo,
 diciendo: hermano querido,
 y esposo y señor, ya veo,
 que Dios quiere de que pague
 las ofensas que os he hecho,
 mas antes que de la vida
 me desposeais, os ruego,
 me traigan un confesor,
 porque las culpas que tengo
 son tantas, que ha de perderse
 si muero y no me confieso
 mi alma, y así por Cristo
 á suplicároslo vuelvo.
 Y aunque de la ofensa estaban
 irritados, no por eso
 se dieron á la venganza;
 uniformes estubieron,
 para que de lo que pide
 se procure el cumplimiento.
 Y para ello don Luis
 salió y con paso ligero
 a santa María llegó,
 y llamó al Cura, diciendo,
 que á su cuñado habia dado
 en aquel instante mesmo
 de repente un accidente,
 y que se queda muriendo:
 y que le hiciese favor
 de irlo á confesar, y el lecho
 dejó, y para poder ir
 á confesarlo mas presto,
 por la calle iba, y se iba
 acabando de ir vistiendo.

Entrò en casa de don Juan;
 y hallò de que era incierto
 lo que don Luis le dijo:
 pero estubo oyendo atento
 de penitencia á Violante,
 y así, que la hubo absuelto,
 entraron los ofendidos,
 y sacando los aceros
 de la opresion de la baina,
 furiosamente con ellos,
 dando á su yerro castigo,
 en el cristal de su pecho,
 para que saliese el alma,
 catorce puertas le abrieron.
 Y en fin ya desposeido
 de los vitales alientos
 el cuerpo, piden al Cura
 con todo encarecimiento,
 les ayudase á encubrir
 el delito, concediendo,
 de que en la iglesia le den
 sepultura, y por respetos
 humanos, luego al instante
 que les dió consentimiento
 al cadáver sepultura
 en una bóveda dieron.
 Y cuando al amanecer
 fué el sacristan acudiendo
 á su obligacion, halló
 manchas de sangre en el suelo.
 Al previsor fué á dar cuenta
 de esta novedad, y el clero
 á la Justicia seglar
 envió á avisar corriendo,
 y á las puertas de la Iglesia
 se juntan á un mismo tiempo,
 y de la bóveda sacan
 de doña Violante el cuerpo,
 que en traje de hombre vestida,

quien es, está desmintiendo.
 En fin vieron las heridas,
 y quien es reconocieron,
 y por las gotas de sangre,
 que al llevarla fué vertiendo,
 supieron muy bien la casa
 á donde estaban los reos,
 y á don Juan y á don Luis
 los prendieron, y sabiendo
 de Pedro la infame venta,
 tambien lo llevaron preso,
 y en la cárcel del Obispo
 sucedió al cura lo mesmo.
 Y al cuarto dia don Juan
 lo echan libre, y prosiguiendo
 en los autos de justicia,
 al cabo de año y medio
 de prision, dieron al cura
 por castigo de su yerro,
 que no celebrara Misa,
 ni Epístola ni Evangelio
 cante, y en un hospital
 está á los pobres sirviendo,
 rodeado de miserias,
 para ganar su sustento,
 y á los diez y nueve meses
 se feneció aqueste pleito,
 con que quedò don Luis
 libre, y sacaron á Pedro
 de la cárcel por las calles,
 sacudiéndole doscientos
 azotes, y por diez años
 despues fué á bogar un ramo.
 Aquí pueden los amantes
 tomar algun escarmiento,
 y consideren, que amor
 hace á los que aman ciegos,
 y que por seguir el gusto,
 caen antes en el despeño.

CARMONA,

Imprenta y libreria de don José María Moreno.